





EL HÍPSTER
DE LA CORTE
DEL EMPERADOR



Jesús María García Albi

EL HÍPSTER
DE LA CORTE
DEL EMPERADOR



Primera edición: octubre de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jesús María García Albi

ISBN: 978-84-17362-98-0

ISBN digital: 978-84-17362-99-7

Depósito legal: M-22204-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Isabel Vallecillo y a Juan García Albi Alfaro,
(Juaneras) quienes me inspiraron el presente escrito
sin saberlo ellos.*



ÍNDICE

1.— Obra terminada.....	11
2.— Los niños Carlos y Josef	17
3.— El tiempo sigue su curso.....	27
4.— Han pasado tres años	33
5.— Granada, 1526	43
6.— La reina Juana en Tordesillas.....	49
7.— De Tordesillas a Granada	69
8.— Los jóvenes amigos se reencuentran	73
9.— Chocolate	83
10.— Elvira	95
11.— Claveles.....	107
12.— El realejo.	115
13.— Embrujado.....	125
14.— Todo se termina.....	139
15.— Adiós a Granada	145
16.— El cuadro de Josef	155
17.— Obra admirada	167
18.— La comida del adiós.....	179
19.— Elvira de nuevo	199
20.— De Josef a Josef.....	205
21.— Granada conquista Gante.....	211
22.— Trending y Hípster, dos grandes amigos.....	225



1. Obra terminada

—¿Señor pintor, ha terminado usted mi retrato? —preguntaba, un tanto displicente e impaciente a su vez, Josef a la persona que le está pintando.

El artista no reacciona, como si no se hubiese enterado de la pregunta.

Sigue, con un pincel muy fino entre las manos en esos momentos, pasándolo sobre el lienzo que tiene ante él, sin levantar la mirada, después de remover en la paleta las distintas pinturas, al objeto de adquirir la tonalidad deseada. Todo matiz es importante para un artista tan perfeccionista como él. Y los últimos detalles tienen muchísima mayor importancia todavía. Se lo enseñaron de joven y siempre lo ha puesto en práctica.

Josef se empieza a impacientar una vez más. Está harto de posar para un cuadro que él no había pedido que le hicieran. Nunca se había imaginado que un pintor de fama más que consagrada le fuera a retratar. Ni regalado, como era el caso.

Pero también había asumido que era un regalo que en modo alguno podía permitirse el lujo de rechazar y que su contribución eran toneladas de paciencia para posar uno y otro día, los que se precisara.

Y, por supuesto, más que agradecido. Porque será lo que sea, pero a agradecido pocos le ganarán. Se lo inculcaron desde bien pequeño sus padres, que predicaron con el ejemplo, y lo lleva grabado a fuego en su alma.

En eso, mientras volvía a comprobar que el pintor sigue a lo suyo, sin haber hecho caso a su pregunta, se percató de que esta se

la ha dirigido en castellano y que, por ello, el artista habrá pensado que no hablaba con él.

El castellano es un idioma que domina Josef bastante, debido a su gran amistad con el emperador Carlos.

Se podría decir que ambos hablan dicho idioma igual de bien o igual de mal, según quien sea el que los escuche.

—*Painter Sir, haben Sie damit fertig?*¹—repite en un alemán muy ortodoxo, dado el origen germánico del pintor, con un tono de voz un poco más elevado que la primera vez.

El artista levanta su mirada con un gesto que podríamos definir un tanto cansino, casi molesto, y, después de dar una pincelada más, por fin contesta a su modelo:

—*Jawohl!*²

Y acto seguido le hace un gesto, algo desganado, indicándole a Josef que puede aproximarse a verlo.

—¡Otro día! —responde este, levantándose de la banqueta en que se haya sentado estirando las piernas—. Ahora tengo prisa, que me está esperando una dama y lo de ser puntual es de las pocas virtudes que atesoro. Reconozco que carezco de otras muchas y no me duelen prendas hacerlo.

Cuando llega a la puerta de la sala en la que ha estado posando durante bastante tiempo, tiempo que se le ha hecho una eternidad, se vuelve hacia el pintor, a quien se le nota que se ha quedado contrariado ante la negativa de Josef de acercarse a ver su obra terminada, y le dice, en plan conciliador, para tratar de paliar su desabrida negativa que sabe que acaba de darle:

—Gracias por su esfuerzo, por aguantarme durante todos estos días. Ha sido usted muy amable, mucho más de lo que me merezco. Teniendo en cuenta que ni usted tenía muchas ganas por inmortalizarme y yo menos todavía, el que haya llegado hasta el final le confiere mucho mérito. Lo reconozco. Seguro que ha hecho una

1 Señor Pintor. ¿Ha terminado usted?

2 ¡Sí!

obra de arte, como todos sus retratos anteriores, sin dudarlo ni un momento.

»Repito, *dank*, y mañana lo admiro con detenimiento. Déjelo en donde está si no le importa. Nadie lo va a tocar, téngalo por seguro.

—*Auf Wiedersehen!*³

—*Auf Wiedersehen!*⁴

Y, haciendo un gesto de despedida, sin llegar a ser una reverencia formal con los guantes, que han pasado a su mano derecha desde la izquierda, donde los ha tenido durante todo su posado, abandona definitivamente la instancia casi a la carrera.

Tal es así que se tropieza con una joven sirvienta a la que no tira al suelo porque reaccionan y, abrazándose mutuamente, consiguen que no den ambos con sus huesos en tierra, después de dar unas vueltas como si de un baile ligeramente sincopado se tratara.

—*Sir...* —balbucea la mujer azorada una vez ha recuperado de todo la verticalidad y Josef le ha liberado de su abrazo.

—¡Anna! Por poco nos caemos al suelo. Perdonad, sé que la culpa es mía, pero es que tengo mucha prisa. Otro día hablamos. —Y dándole con suavidad con los guantes en el escote siguió su carrera, además de guiñarle un ojo de manera picaresca.

—Otro día —repitió.

«Tampoco debe de estar mal un revolcón con Anna» —se fue pensando con una sonrisa Josef—. «No había reparado en ello. Un día le haré el favor y seguro que se queda encantada con un tipo tan apuesto como yo. Todo el día con mi madre debe de pasárselo muy aburrido. Habrá que espabilarla y quitarle las telarañas de donde yo me sé».

»Bueno, pero ahora, Josef, no te entretengas».

El pintor, que había sido mudo testigo de la escena, mientras recogía sus pinceles y pinturas, movió con gesto negativo su cabeza, a la par que se paraba a remirar su obra recién terminada y se

3 ¡Adiós!

4 ¡Adiós!

preguntaba si había sido capaz de captar ese carácter tan impulsivo y fuera de toda norma con sus trazos.

Y aún aportó unos cuantos más. Le costaba siempre dar sus obras por terminadas. Tenía asumido que siempre se le escaparía, por lo menos, un detalle y eso le incomodaba muchísimo. Era, a su manera, muy perfeccionista.

Aquella persona que acababa de salir tropezando se parecía muy poco a todas las que había conocido y aún menos a las que había retratado en su larga carrera.

Y que fuese amigo de quién era aún le parecía más inconcebible.

Se preguntaba sobre si firmar o no su obra. Cuando comenzó su carrera pictórica y durante cerca de unos diez años no lo había hecho, salvo honrosas excepciones. Pero en los últimos tiempos era todo lo contrario. Firmaba la gran mayoría y solo algunos pocos los dejaba sin ella, a veces por descuido.

Permaneció durante bastante tiempo pensándolo mientras lo miraba, buscando cualquier pequeño fallo que retocar. O lo firmaba entonces o nunca. No pensaba, en principio, volver por aquella casa a trabajar en su obra y se iba a llevar toda su impedimenta.

Por una parte, estaba satisfecho de su obra, lo que solía ser raro en él, que se exigía siempre mucho, y ello le inclinaba a firmar.

Por otra, el personaje que había plasmado no era santo de su devoción y ello le inclinaba a no hacerlo.

Todos estos pensamientos pasaban por su mente, sumergiéndole en un mar de dudas sobre si firmar o no.

Por fin, se decidió por una solución que no llegó a ser salomónica pero que en algo se pareció.

Tomó un pincel y dejó, de forma muy disimulada las iniciales de su nombre y apellido en el tapiz sobre el que aparecían los brazos y manos de su retratado. Solo una persona muy meticulosa y detallista lo podría descubrir. No era la primera vez que lo hacía así.

De esa manera, si la persona que le había encargado el cuadro reparaba en ese detalle, siempre podría indicarle que sí que lo ha-

bía hecho, mostrándole dónde y cómo lo había plasmado, aunque suponía que lo detectaría sin ayuda alguna.

Puesto que Josef le había solicitado que no lo cambiara de donde estaba, lo iba a dejar en el caballete en que reposaba. Ya mandaría a por él. No le corría prisa, ya que poseía otros varios de dicho tamaño y, por otra parte, así se iría más descargado y sin necesidad de volver.

Se admiraba de haber logrado pintar mejor de lo que esperaba aquel cuadro, dadas las pocas ganas con que lo había acometido.

Incluso la casa, a pesar de la gran luminosidad de la sala donde había montado su improvisado taller, se le antojaba fría, desapacible y poco inspiradora, además de nada acogedora.

Y mientras se puso a recoger sus pertenencias, esparcidas un tanto por la sala, le vino a su memoria el origen de aquel singular encargo.

No sabía demasiado, pensándolo bien, pero sí lo suficiente. Al fin y al cabo era algo que no le incumbía. Se trataba de un encargo que estaba seguro sería pagado, mejor dicho, muy bien pagado.

Conocía que se trataba de una amistad de infancia, que no se hubiese imaginado podría haberse dado y, aún menos, mantenido vigente tantos años después por dos personas con trayectorias tan diametralmente opuestas.



2. Los niños Carlos y Josef

Desde bien pequeños, los niños Carlos y Josef fueron muy buenos amigos. Ambos habían nacido en Gante. El padre de Josef desarrollaba su trabajo al servicio de la madre del pequeño Carlos, la archiduquesa doña Juana de Castilla, de la casa de los Trastámara, casada con Felipe IV de Habsburgo, duque de Borgoña, cuando su heredero, Carlos, vino al mundo de manera inesperada, en medio de un baile de gala al que acudía la mayoría de la nobleza del condado de Flandes.

Tal fue así que parió sin ayuda médica alguna en un aseo. No hubo tiempo para ninguna otra acción. Se suspendió el baile en medio de un gran revuelo ante algo tan inaudito que, más de uno, seguía sin dar crédito a los gritos de la parturienta, pensando, más bien, que sería un dolor pasajero y nada más.

El futuro padre no sabía qué hacer, si agarrar las manos de su esposa, si sujetarle la cabeza o si colaborar en la extracción de su primogénito.

Nadie le había preparado para nada semejante y sus dudas se multiplicaban y mutaban según se iban produciendo entre sobresaltos los acontecimientos.

Cuando por fin la criatura dio un grito, que el lugar donde estaban propaló, al hacer de caja de resonancia, aumentando su sonoridad, el archiduque sintió un alivio tal, que le entró una risa floja que acabó convirtiéndose en llanto, llanto que su mujer tuvo que calmar en medio de aquel escenario tan inusual para un parto.

Madre e hijo vivieron juntos en Gante. Unos meses después del parto, el padre, Felipe el Hermoso, nombró a su hijo Carlos duque de Luxemburgo.

Desde ese mismo momento, el padre del pequeño Josef, pasó al servicio directo del nuevo duque. Josef había nacido unas pocas semanas antes que su futuro amigo Carlos. Ello contribuyó a que ambos niños crecieran juntos y se hicieran amigos y cómplices de travesuras.

Debido a que su madre se veía en la necesidad de viajar a España, como hija que era de los Reyes Católicos, y siempre en defensa de los intereses hereditarios de ella en primer lugar y de su hijo en segundo, Carlos quedaba en Gante bajo la tutela, bien de parientes, bien de personas cercanas a su otro abuelo, Maximiliano I de Habsburgo. Ello, conforme fue creciendo, le permitía al niño aprovechar para escapar de la disciplina a que estaba sometido, bastante rígida, casi asfixiante en algunas ocasiones y con grandes lagunas de vigilancia en otras, por lo que no desperdiciaba ni una sola de aquellas oportunidades.

Carlos y Josef procuraban salir sin ser vistos y acercarse a la confluencia del Lys, afluente del Escalda, en la propia ciudad y jugar como cualquier otro niño de su edad en sus riberas. Lanzar piedras, barcos de corcho y atrapar ranas, que luego devolvían a las aguas para poderlas coger en la siguiente ocasión que se les presentara, eran algunas de sus distracciones favoritas. Y, por supuesto, meterse en el cauce de los ríos y volver empapados era la preferida de ambos en época estival. Las aguas bajaban frías, pero bastante limpias en dichas fechas.

Si contaban con la asistencia de más niños, mejor que mejor. En este caso, formaban equipo ambos amigos y se dedicaban a hacer ahogadillas en cuanto se despistaba alguno, organizando un verdadero alboroto. Y si, cosa extraña, alguna vez eran ellos los sumergidos en el agua, lo tomaban a buenas sin mayor transcendencia.

—¡Estábamos jugando! —se decían.

Tener dos ríos al alcance de niños no es algo común. No olvidemos que la palabra «Gante» viene de una expresión celta que significa esa situación: el entronque de dos ríos.

Carlos tenía entre sus preceptores a un profesor de castellano, lo que hizo que Josef también aprendiese algo de dicha lengua, ya que le acompañaba casi siempre a las clases en palacio.

No progresaron demasiado puesto que Carlos no se aplicaba con tesón a dicha tarea, ya que era bastante perezoso para el aprendizaje de idiomas. Le gustaban más otro tipo de enseñanzas, como la de historia de su ducado, que era la tierra que conocía y en la que vivía muy a gusto.

Además, el estudio de la lengua materna también conllevaba la enseñanza de la historia española, lo que aún le hacía más árido su dominio. Se le antojaban países lejanos, con muy distintas costumbres a las que estaba acostumbrado desde pequeño, según deducía de lo que escuchaba a sus padres y a cuantos llegaban desde España.

Teniendo seis años, Carlos perdió en el lapso de unos meses a su abuela, Isabel la Católica, a la que no había llegado a conocer en persona, y a su padre Felipe el Hermoso, en Burgos. La muerte de este último sucedió de una manera fulminante.

El viaje había sido motivado por la ascensión al trono de Castilla de los archiduques junto con Fernando, el padre de su madre, que era rey de Aragón en esos momentos.

Apenas pudo disfrutar Carlos de la presencia paterna en el hogar, debido a la cantidad de viajes y compromisos de gobierno que le habían mantenido alejado de Gante con anterioridad a ese viaje a Castilla de fatal desenlace.

Es por ello que lamentó su muerte más por lo afectada que resultó su madre al respecto, que el por no tenerlo a su lado.

Inquirió a distintas personas y ayos el motivo de tan imprevista muerte, pero ninguno supo, o quiso, darle razón.

Por toda explicación le habían dicho que su padre se había sentido mal en Burgos, de manera imprevista, sin dar tiempo a

reacción alguna, de poder llamar al médico del lugar para que le atendiera y le pudiera aplicar algún remedio eficaz.

Poco tiempo después, se supo que la archiduquesa Juana estaba embarazada de su hija póstuma, a la que daría a luz en tierras castellanas y pondría por nombre Catalina.

De resultas de todos estos sucesos, al parecer de su padre Fernando I el Católico y cortesanos muy cercanos a él, su hija Juana se había trastornado, por lo que ordenó fuera internada en un convento en Tordesillas con la pequeña Catalina. De este modo, él se erigía como rey único de sus territorios y los de su difunta esposa, hasta la mayoría de edad de su nieto Carlos.

Dicha decisión contó con la oposición de los partidarios de su hija, que no aceptaban en modo alguno que su posible locura fuera ni medianamente cierta.

Todos estos cambios no modificaron, sin embargo, la rutina del pequeño Carlos, que continuó su vida y educación en Gante, junto con cuatro hermanos más, si bien cada uno recibía una educación individualizada, bajo la tutoría de su abuelo Maximiliano. Y, en consecuencia, siguió junto a Josef, su amigo del alma.

En apariencia, la falta de sus padres a su lado no le afectó mucho, ya que no había disfrutado mucho de ellos y, cuando los había tenido cerca, los compromisos les tenían muy ocupados.

Las escapadas de ambos amigos siguieron. Fueron abandonando las orillas de los ríos y sus juegos acuáticos por otras correrías más propias de la edad que iban alcanzando.

Hoy en día hubiésemos dicho que eran más picaronas y atrevidas y las niñas y no tan niñas eran su objetivo preferido, para escándalo de los encargados de su cuidado en las pocas ocasiones en que tuvieron conocimiento de ellas.

Jamás hubo denuncia alguna contra ambos amigos por parte de las personas afectadas en mayor o menor grado.

Estaba claro que el joven conde heredaba las tendencias de su padre por el sexo femenino y su amigo no le iba a la zaga, más bien todo lo contrario.

Este último era casi siempre el que elegía «los objetivos y el plan de ataque», siempre dobles por descontado. Carlos era el que escogía el campo de batalla, el momento oportuno y el objetivo suyo.

Cada uno tenía total confianza en que los cometidos del otro serían de su total conformidad y no quedarían defraudados en absoluto.

Y cuando desarrollaban su acción, «no se les escapaba ninguna presa viva», como les gustaba jactarse entre ellos, además de que dichas presas quedaban siempre plenamente satisfechas y encantadas de haber sido elegidas. Y, por ello, guardaban total silencio y deseaban volver a ser el objetivo de sus aventuras.

Por supuesto, para librarse de toda responsabilidad, cuando trascendía casualmente alguna fechoría, los educadores del noble culpaban de todo a Josef y exculpaban a su pupilo, aun a pesar de que este salía en defensa de su amigo.

—Eso dice mucho en vuestro favor, señor conde —le decían cuando veían que trataba de defender a su compañero de fechorías—, pero sabemos que no es así. Si hasta en la forma de vestir sois totalmente diferentes.

»Vos vais siempre impoluto, bien arreglado y limpio cuando estáis aquí. Pero cuando os escapáis, al volver no es lo mismo.

»Y no queremos decir que vuestro amigo Josef no salga limpio de su casa, que sus padres no se lo permitirían, sino que su vestimenta no tiene nada que ver con la vuestra. Como estrafalaria podríamos definirla con total acierto.

»No entendemos como os puede gustar su compañía. Tal vez deberíamos plantearnos el que no frecuentaseis su pernicioso compañía, que así la consideramos, como es visible a todas luces.

»Pero, entre que su padre está a vuestro servicio y que, además, no vemos a vuestra señora madre, que al parecer está «enferma» y no queremos importunarla con estas cosas, poniéndole al corriente de ellas, ya que solo lograríamos entristecerla y agravar sus males, no podemos hacerlo.

Carlos en su interior se reía de todo aquello que le comentaban y no creía que fuera para tanto. Exageraban a su modo de ver, llevados por su afán de proteccionismo hacia él, lo que agradecía aunque, a veces, le impedía tener libertad de movimientos.

Pero la relación no cesó entre ambos amigos, si bien, conforme Carlos fue teniendo que hacer frente a más obligaciones derivadas de su rango, los momentos de «escapadas» con su amigo fueron siendo más escasos, pero no menos divertidos.

A veces, entre que Josef fijaba «sus piezas a cazar» hasta que Carlos daba su aprobación, pasaba un tiempo que en alguna ocasión obligaba a cambiar de «estrategia» o se exponían a fallar en sus intentos.

Carlos había logrado disponer de un pabellón para ellos solos, muy cercano a sus dependencias, lo que les permitía una gran libertad de movimientos. La entrada y salida tanto de ellos como de sus «amistades» era muy discreta, fuera de miradas indiscretas desde su palacio.

Disponía de una gran sala central donde recibían a sus invitadas, con unas mesas y butacones donde sentarse. Las cuatro esquinas estaban ocupadas por candelabros de múltiples brazos con los que iluminar la estancia más que de sobra.

Y a cada lado había sendas habitaciones con camas amplias provistas con cantidad de mantas y almohadones.

Unos pesados cortinones los aislaban del mundo exterior, tapando los ventanales de cada alcoba. Varios pufs les servían para dejar desmayadas las ropas y practicar juegos eróticos que generalmente culminaban en la cama totalmente desnudos, como era la costumbre de la época al irse a dormir.

Una vez habían superado los primeros momentos de conocimiento y elegido sus parejas, cada uno se dirigía a una habitación de manera indistinta.

El abandono del lugar, tras un largo tiempo en el que los juegos eróticos se sucedían unos tras otros, era ya a gusto de cada pareja y rara vez coincidían al hacerlo. Y era más raro todavía que sus invitadas no volviesen al menos otras dos o tres veces.

Lo que, sin habérselo planteado entre ellos, habían establecido como un cierto código de honor era que no se plantearían nunca un «intercambio de parejas», tal vez por la facilidad con que daban con ellas. Y de paso evitaban comentarios comparativos acerca de las damiselas de turno.

Por su parte, Carlos había sobornado a un par de sirvientes para que el pabellón siempre estuviera arreglado y su boca cerrada a todos los efectos. En vísperas de la próxima reunión, lo proveían de bebidas, frutas y algunas viandas que, una vez terminada, eran recogidas y dejaban todo aseado hasta la próxima cita.

Además les había dejado ordenado que, en su ausencia, si Josef se lo pedía, actuaran del mismo modo y manera como si estuviera él. En bastantes de esas ocasiones, el amigo del conde aprovechaba para llevarse más de una compañía, «en homenaje al ausente» decía.

—Ya se lo contaré a mi amigo, para darle envidia —pensaba mientras disfrutaba de tan buenas compañías, procedentes casi todas del personal de la nobleza, que al parecer eran las más reprimidas y eso de pasar unas horas íntimas, bien con el propio emperador, bien con su amigo de correrías, las privaba de todo pudor y recato. Ellas no tenían ninguna otra oportunidad de nada semejante y no estaban dispuestas a desaprovecharlas.

La ausencia de su madre, presa de su propio abuelo en Tordesillas le torturaba a Carlos, aunque no con insistencia, posiblemente debido a que, a partir de los seis años, no la había vuelto a ver.

A veces dicho pesar se agrandaba con el recuerdo de la muerte de su padre, años atrás. Él recibió en persona su corazón y lo trasladó a Brujas, donde había nacido su padre, para enterrarlo en la catedral. El resto del cuerpo permaneció enterrado en España.

Por todo ello y por su afinidad y discrepancia a su vez en muchas cosas, encontraba en su amigo un confidente atento que le ayudaba a sobreponerse en los momentos en que se encontraba más alicaído o con mayores problemas por resolver.

—¿No acabaré yo loco, como aseguran que está mi madre, Josef? —se preguntaba en voz alta ante su amigo más de una vez, por lo general después de alguna cita galante, una vez habían despedido a sus conquistas.

»El problema de ello es que el que padece la locura, según creo entender, no es consciente de su mal, por lo cual resulta que yo podría estar loco y no darme cuenta de ello y...

—Parad, parad, por favor. ¿A dónde queréis llegar con esas elucubraciones fuera de toda realidad?

»En absoluto estáis loco, ni Dios permita que lo lleguéis a estar nunca. Doy fe de ello.

»Tan solo estáis un poco loco por las faldas y, en correspondencia, las portadoras de ellas que han tenido la ocasión de conoceros por vos.

»Tanto por ser quien sois, aunque algunas dudan que puedan gozar del propio emperador, tal cual vino al mundo en esta ciudad, como por la forma de ser vuestras, que eso no crea duda alguna que, si alguna persona se vuelve loca, repito, son ellas.

»Y este pabellón ha sido mudo testigo de ello. Y yo, como si fuera del mismo modo, mudo como sus paredes. Y eso que gritos de placer se han dado muchas veces y esperemos se sigan dando. ¿Serán sordos también los antedichos muros?

»Pero ese tipo de, digámoslo, de locura por las damas no es malo, ni raro, ni creo se pueda llamar locura. Lo sufrimos nosotros dos y seguro que existen otros muchos más. Y ese sufrimiento, más que como tal, podríamos definirlo como gozo.

»Estoy plenamente convencido, mi amigo y emperador a su vez, de que el día en que encontréis a vuestra reina se calmará esa «calentura», que no «locura» que ahora padecéis.

Ante semejante afirmación, las carcajadas de ambos llenaban del techo hasta el suelo de la sala donde estaban, imitando a las mozas y no tan mozas que se habían dado cita con los dos amigos.

Eran momentos que el futuro emperador disfrutaba como relax ante tanto protocolo y tanta responsabilidad que se le venía encima.

—Y mientras llega esa reina que me anunciáis, veamos qué sorpresa nos depara la jornada vespertina, que no todo va a ser recibir embajadores de tierras lejanas o peticiones de cortesanos venidos de distintos territorios del imperio, que no se cansan nunca de solicitar favores. Y no nos olvidemos de los monjes, por supuesto.

—Espero que la sorpresa sea de vuestro agrado y así relajéis el cuerpo y sacíeis vuestras pasiones.

—Sois insaciable, Josef. Por eso sois mi amigo.

—Señor... Honráis a vuestro seguidor más fiel